SOBREVIVIR EN

"El que no ha estado en Verdún no ha combatido en la guerra", presumían los veteranos franceses. Casi dos millones y medio de *poilus* pasaron por la batalla de los 300 días. Su sacrificio fue imprescindible

EL INFIERNO

para el último gran éxito militar francés, una victoria de prestigio que durante décadas simbolizó la unidad de Francia.

JOAQUÍN ARMADA, HISTORIADOR Y PERIODISTA

SOLDADOS ALEMANES avanzan bajo el fuego de la artillería francesa en Verdún, 1916.

Como Pulgarcito, Louis Barthas deja un rastro de pistas para un improbable salvador. Su regimiento, el 296.º de Infantería, debe relevar esa noche del 11 de mayo a los argelinos de los regimientos 114.º y 125.º, que hace unos días expulsaron a los alemanes de la cresta de la cota 304. Desde hace dos meses, ambos bandos se disputan la colina maldita "como si hubiese en sus laderas una mina de diamantes", anota Barthas en su diario. Esa noche apenas se mantiene en pie. Por eso, mientras sortea cráteres, tocones, alambres de espino que agarran su capote como "manos invisibles", Barthas se desprende de su pesado equipo. "En el camino, todo iba cayéndoseme: víveres, cartuchos, utensilios, granadas. ¡Ay, si nuestro Kronprinz me hubiere visto!". Pero tiene suerte, el insensible capitán Cros-Mayrevieille, el Kronprinz, no le ve. Los cadáveres también son invisibles, pero se siente rodeado de ellos. "Se adivinaba solamente su presencia, escondidos sin duda en los cráteres de obuses, la carne podrida tapada por un puñado de tierra". Cuando llega a la cresta, Barthas recupera todo el equipo perdido durante el ascenso: municiones, víveres, herramientas... Es el rastro de los hombres del 125.º. "Todo era siniestro allí [...]. Este agujero sombrío parecía un volcán en erupción y nosotros parecíamos atrapados junto a la boca de este volcán". Durante siete días y siete noches, Barthas y sus compañeros deberán resistir sin retroceder jamás.

"Morir dos veces"

Las sensaciones de los *poilus* franceses y los *landser* (soldados rasos) alemanes son idénticas. "Uno se siente como un animal que ha sido atrapado en una trampa", escribe el alemán Karl Rosner. "Lo que más me impactó en Verdún... el barro. Morir en la guerra es algo común... pero vivir en el lodo es atroz", recordaba aún ochenta años después el francés Henri Auclair. Después de meses de avances y retrocesos, los soldados excavan sus trincheras en un

AMBOS BANDOS SE DISPUTAN LA COTA 304 "COMO SI HUBIESE EN SUS LADERAS UNA MINA DE DIAMANTES"

SOLDADOS senegaleses del ejército francés hechos prisioneros por los alemanes en Verdún.

cenagal de cráteres sembrado de restos de la batalla. "Estos chacales matan hasta a los muertos", se queja un subteniente de la infantería colonial francesa tras ver cómo un proyectil alemán vuela en pedazos a un camarada enterrado el día anterior: "Es morir dos veces". Más de una fotografía muestra a los soldados luchando sobre cadáveres. Lo que no captan las imágenes es el olor de la muerte. "Apestaba a cloro y sudor, a ropa mojada, a pólvora y letrinas –indica un teniente alemán–, a vendas chamuscadas y ácido carboxílico, a mortero húmedo y madera carbonizada". Aquí y allá, asoman del barro restos humanos, pedazos de soldados destrozados por los impactos directos de algún proyectil. El 80% de los hombres que mueren en Verdún desaparecen así, víctimas de la artillería. "Vemos morir con mucha más frecuencia que matar", manifiesta el escritor francés Jean Norton Cru, sargento en Verdún.

Los soldados distinguen los proyectiles por el ruido que hacen al aproximarse, por la luz de sus explosiones. Los franceses los llaman *gros pépères*, *gros jaunes*, *marmites*; los alemanes, *Brocken*, *Zuckerhut*, *Osterier*... Tienen más tiempo para familiarizarse con ellos. Al contrario que las tropas francesas, sus rotaciones son irregulares. Para el 15 de julio, solo 46 divisiones alemanas han combatido en Verdún, frente a 70 francesas. Como están más tiempo en primera línea, conocen mejor el terreno y sus trincheras están mejor mantenidas. Pero su moral también se debilita antes: saben que solo serán relevados cuando sus bajas sean tantas que su unidad ya no resulte operativa. Ambos bandos se enfrentan a una invasión de piojos y ratas, que se alimentan de vivos y muertos. A estas últimas, los franceses las llaman *gaspards*; los alemanes, *Verdunratten*. Son las auténticas dueñas de este infierno.

Mientras esperan el siguiente ataque, los soldados juegan a las cartas, duermen, escriben. Los censores del Segundo Ejército francés leen unas siete mil cartas a la semana, más o menos una de cada cincuenta. Los soldados saben que no pueden ser sinceros en los textos que escriben a su mujer, a sus padres, a sus amigos. Aun así, los censores perciben que "la moral tiende a subir y bajar con el barómetro".

LOS SOLDADOS SABEN QUE NO PUEDEN SER SINCEROS EN LAS CARTAS; LOS CENSORES LEEN UNA DE CADA 50

La lluvia empapa los capotes y se cuela por el cuello, resbala por las paredes de tierra de las trincheras y termina convirtiéndolas en un gran charco. El frío congela las raciones de carne y el agua, siempre escasa en primera línea. "Ha sucedido en ocasiones que los hombres han salido de su trinchera durante la noche para beber en cualquier cráter lleno de agua", anota un soldado alemán. Como letrina se usan los cráteres más cercanos, a los que se llega a gatas y, si es posible, de noche. "No se iba allí, desde luego, sino en caso de extrema necesidad –refiere Barthas en su diario–, tras haber sufrido una auténtica tortura comprimiendo el vientre al máximo". Para no exponerse al fuego enemigo, los soldados sacrifican a veces su comida y vacían sus latas de sardinas o carne para usarlas como orinales.

Han pasado los días y Barthas sigue vivo. Es muy afortunado. Imposible saber cuántas veces le ha rozado la muerte, pero dos son inolvidables. Un día, un obús atraviesa la chapa que cubre su refugio. No explota, y se incrusta en una de las paredes de la trinchera. "En cuanto pasaron los primeros segundos de estupor estalló una carcajada general. ¿A qué se debía la risa? ¿Quién podía explicar sus razones?". Días después, está acurrucado en un pequeño agujero cuando cae a unos pocos cientos de metros

MEDIO AÑO AMARGO

1 DE JULIO. Empieza la ofensiva británica en el Somme, en el noroeste de Francia, que se convertirá en la batalla más sangrienta de la guerra.

28 DE AGOSTO. Cese de Falkenhayn. Paul von Hindenburg y Erich Ludendorff le sustituyen al frente del ejército alemán.

4 DE SEPTIEMBRE. Una fuerte explosión en el túnel de Tavannes mata a casi quinientos soldados y oficiales franceses.

20 DE OCTUBRE. Comienza la contraofensiva francesa. Cuatro días después, los franceses reconquistan Douaumont.

2 DE NOVIEMBRE. Los alemanes abandonan el fuerte de Vaux a causa del impacto de un gran proyectil.

12 DE DICIEMBRE. Tiene lugar el cese de Joseph Joffre. Robert Nivelle es nombrado nuevo general en jefe francés.

15 DE DICIEMBRE. Los franceses reconquistan el terreno perdido en la orilla derecha del Mosa. Por el momento, Nivelle será el "vencedor de Verdún". Ulteriores derrotas en la guerra arruinarán su prestigio.

ESPAÑOLES EN VERDÚN

Periodistas e intelectuales extraen sus conclusiones sobre el horror de la guerra.

"ME PARECÍA QUE la cumbre lejana de Douaumont no tenía de extraordinario más que el saber nosotros quién era ella", escribe Agustí Calvet, Gaziel, el 29 de marzo de 1916. Sin miedo a perder a sus lectores de *La Vanguardia*, Gaziel desmitifica la batalla en su primera crónica desde Verdún. No encuentra épica en la lucha, sino dolor, el que aparece en su mejor crónica de Verdún: la visita a un hospital repleto de heridos, mutilados, muertos.

VALLE-INCLÁN LLEGA a Verdún poco después, enviado por *El imparcial* de Madrid y *La Nación* de Buenos Aires. No quiere contar Verdún, quiere narrar la guerra, todas las guerras. Quiere, en fin, ser Valle. "Yo, torpe y vano de mí, quise ser centro y tener de la guerra una visión astral [...] he fracasado en el empeño", que culmina en un puñado de crónicas y una pequeña obra teatral.

EN LAS ARRUINADAS Reims y Verdún, Manuel Azaña descubre "la fealdad repulsiva de la guerra". Llega a Verdún en vísperas de la reconquista de Douaumont, junto a Menéndez Pidal y Américo Castro. Francófilo confeso, a su regreso da una conferencia en el Ateneo de Madrid. Verdún, dirá, le ha confirmado su tesis: la victoria de Alemania sería la derrota de la civilización.

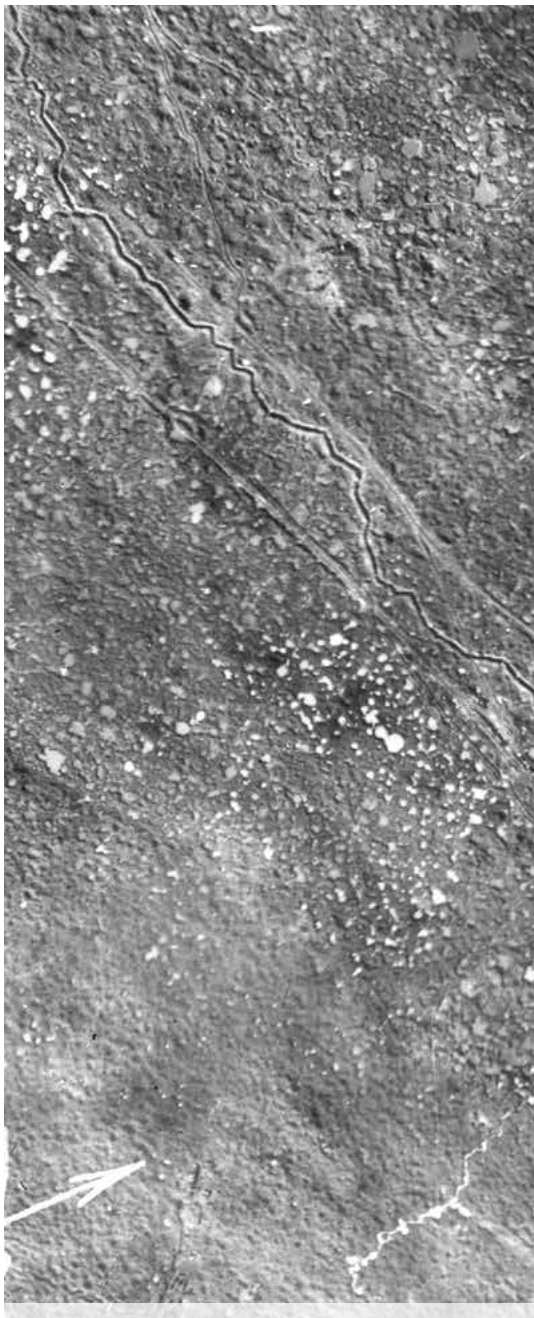
un proyectil gigante. La lona de su tienda de campaña vuela por la onda expansiva que sacude la tierra. "Tuve la sensación de que algo me aplastaba y permanecí unos segundos sin poder inflar mi pecho, desprovisto de aire. Lo que acababa de sentir era el aliento de la muerte". La noche del 18 de mayo, Barthas y sus compañeros abandonan la cota 304 para ser relevados. Lo hacen bajo una lluvia de obuses que les obliga a tirarse al suelo una y otra vez. Su aspecto es terrible. Pero han sobrevivido. Los recién llegados les miran y ven su futuro inmediato. "Estudiaron nuestros rostros cadavéricos, nuestras ropas estropeadas, nuestro caparazón de barro y nuestras barbas hirsutas que nos conferían el aspecto de unos burdos asaltantes de caminos". Apenas hay preguntas. Barthas y sus compañeros se alejan de la primera línea, mientras los nuevos entran en el infierno.

La contraofensiva francesa

Una semana después de la última ofensiva alemana en Verdún, los británicos atacan en el Somme. La mañana del 1 de julio, los cañones británicos dejan de tronar tras disparar un millón y medio de proyectiles en la última semana. A las 7.30, los soldados abandonan sus trincheras. Los preparativos han sido tan minuciosos que la victoria parece inevitable, pero, en instantes, millares de atacantes están muertos o heridos. El bombardeo apenas ha dañado las barreras de alambre de espino y, lo más importante, los nidos de ametralladoras.

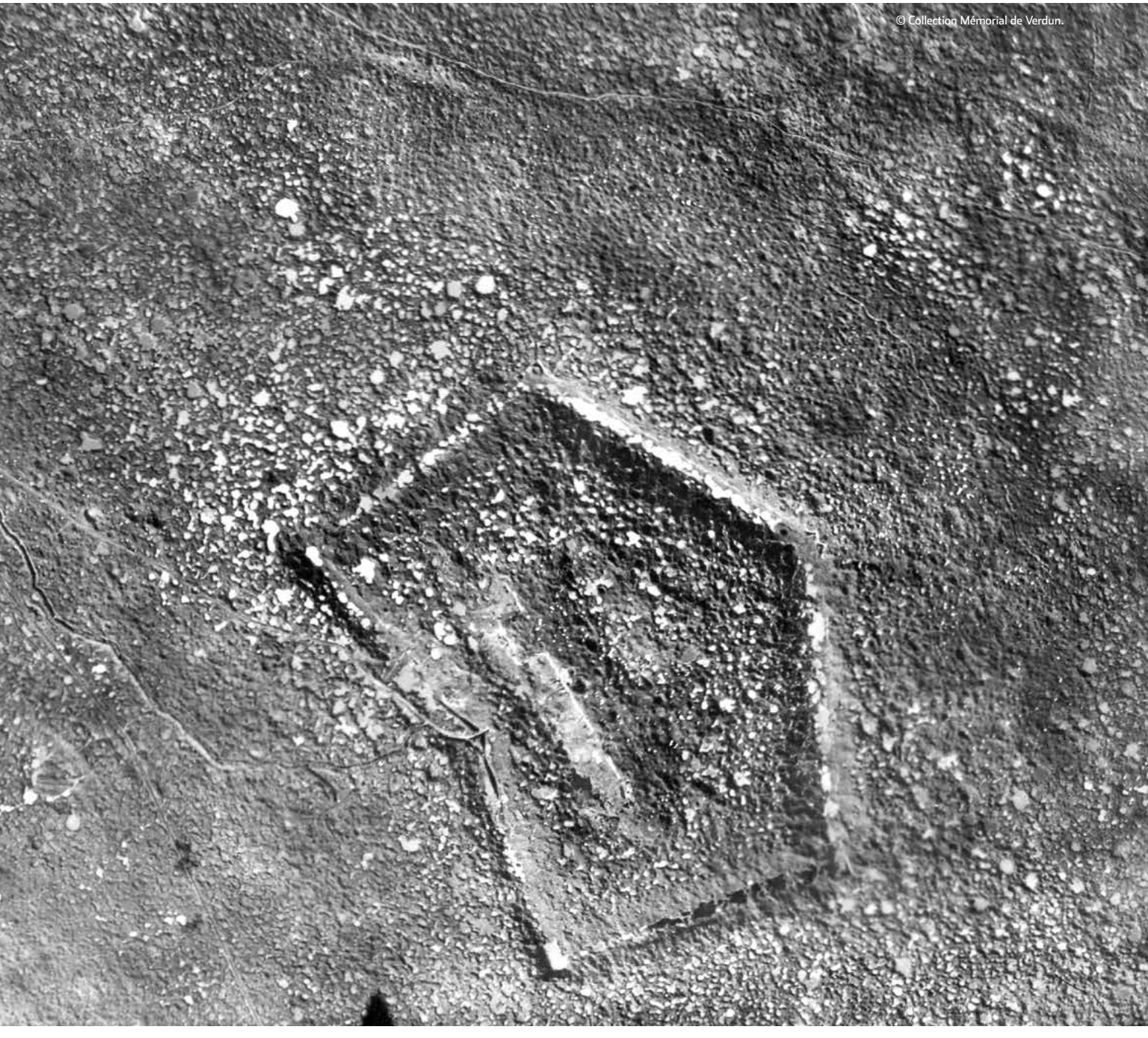
PÉTAIN NO CREE QUE EL SOMME LE AYUDE, PERO SE EQUIVOCA: LE PERMITE RECUPERAR LA INICIATIVA EN VERDÚN

Oleada tras oleada, los soldados británicos caen como muñecos segados por las ametralladoras germanas o vuelan en pedazos entre nubes de humo y tierra. El plan fracasa nada más iniciarse el asalto, pero el general Douglas Haig, comandante en jefe de la Fuerza Expedicionaria Británica, sigue adelante. Aquel día, los británicos sufren la peor derrota de su historia. Tienen 58.000 heridos y muertos. La nobleza pierde a casi toda una generación. "Los oficiales novatos mueren por decenas, cada minuto", escribe J. R. R. Tolkien, joven teniente en un batallón de fusileros. El autor de *El Señor de los Anillos* ha descubierto el horror de Mordor. Cuando la batalla termina –el 18 de noviembre–, franceses y alemanes todavía luchan en Verdún, pero el Somme ya es el combate más sangriento de la Gran Guerra.



EL FUERTE de Douaumont, convertido ya en un mar de cráteres en la segunda mitad de 1916.

Pétain no cree que el ataque británico en el Somme pueda ayudarle. Se equivoca. Aunque la ofensiva aliada fracasa, permite que los franceses recuperen la iniciativa en Verdún. "La actitud negativa de Pétain –sostiene Paul Jankowski– se reveló poco clarividente: la batalla duró más de cuatro meses, obligó a los alemanes a desviar importantes fuerzas de Verdún y culminó, junto con la ofensiva de Alexei Brusílov en


© Collection Mémorial de Verdun.

Galitzia y el ingreso de Rumanía en la guerra, en la más profunda crisis de la fortuna militar alemana desde la batalla del Marne". El 28 de agosto, un día después de que Rumanía declare la guerra a las potencias centrales, Falkenhayn pierde su puesto. El mariscal Paul von Hindenburg –el "héroe" vencedor de los rusos en Tannenberg (agosto, 1914)– lo sustituye. Erich Ludendorff, el general que odia a Falkenhayn, se convierte en su mano derecha. La prensa alemana guarda silencio sobre la caída del general en jefe, nadie quiere admitir que la ofensiva que debía desangrar al ejército francés ha diezmado también al alemán. Pero cinco días más tarde, el 2 de septiembre, Hindenburg decreta que "el ataque de Verdún debe ser suspendido". Los alemanes no se retiran, pero no realizarán ya ningún ataque. El 13 de septiembre, Raymond Poincaré visita Verdún para condecorar a la ciudad en ruinas con la Cruz de la Legión de Honor. "Es aquí donde, con tranquila firmeza –pronuncia el presidente galo–, Francia ha contestado: no se pasa".

Pero los alemanes aún conservan la mayor fortaleza de Francia. Pétain sabe que podrá reconquistar Douaumont cuando Joffre asigna al Segundo Ejército dos cañones Schneider-Creusot de 400 mm. Son las

piezas más poderosas de las 969 que tiene para el ataque. La preparación artillera comienza el 20 de octubre. El bombardeo cesa dos días después, para hacer creer a los alemanes que el ataque de la infantería francesa es inminente. El engaño funciona. Las baterías alemanas abren fuego y delatan su posición a las francesas, que neutralizan una buena parte. El bombardeo no alcanza la intensidad del ataque alemán del 21 de febrero, pero los franceses disparan 830.000 proyectiles, 24.000 con gases venenosos. Los cañones más pesados se concentran en destruir los fuertes. "Entre todas –señala el historiador estadounidense Robert Dougthy–, las piezas francesas de 400, 370, 280 y 270 mm dispararon un total de 533 proyectiles contra ambos fuertes". El 24 de octubre, los alemanes abandonan Douaumont tras la violenta explosión de un impacto directo. El 2 de noviembre, otro gran proyectil les obliga a dejar el fuerte de Vaux. El 15 de diciembre, la infantería francesa recupera gran parte del terreno perdido en la orilla derecha. Aunque los franceses no reconquistarán las colinas de Le Mort Homme y la cota 304 hasta el 22 de agosto de 1917, Verdún se da por concluida. Han pasado 300 días desde el 21 de febrero. La batalla ha durado más que muchas guerras.

¿Vencieron los hombres? No, triunfaron las máquinas. "Ellos son el hombre contra el demonio y sus máquinas, / el corazón

"CADA VEZ MÁS CALIBRE, CADA VEZ MÁS RAPIDEZ DE DISPARO, CADA VEZ MÁS ARMAS [...]. ESA ES LA LECCIÓN DE VERDÚN"

contra el dispositivo". Con estas palabras celebró el poeta André Suarès a los anónimos y abnegados *poilus*. Resisten, pero ganan gracias a las máquinas: los camiones que circulan sin interrupción por la Vía Sagrada, los cazas que conquistan el cielo, los cañones que arruinan los fuertes antes de su reconquista. "Cada vez más alcance, cada vez más calibre, cada vez más rapidez de disparo, cada vez más armas en cada línea –escribe el general Frédéric-Georges Herr, comandante en jefe de la región fortificada de Verdún cuando se inicia el ataque–. Esa es la lección de Verdún". Más cañones, más morteros, más ametralladoras y menos hombres. En junio de 1916, todos los batallones franceses pasan de 1.000 a 750 hombres. Pero su potencia de fuego es muy superior: una de las tres compañías es de ametralladoras. Cuando lanzan su contraofensiva final, los franceses coordinan su artillería con el ataque de su infantería. Sin dejar de disparar, la barrera de fuego se desplaza 100 metros cada 4 minutos, mientras la infantería avanza entre 70 y 150 metros por detrás, dependiendo del calibre de la artillería. El bombardeo continuo impide a los alemanes retroceder y también obtener refuerzos. La nueva táctica y la desmoralización germana permiten capturar 6.000 prisioneros un solo día, el 24 de octubre, cuando los franceses reconquistan Douaumont.

El general Nivelle es el gran vencedor. Si Pétain detuvo a los alemanes, Nivelle los ha expulsado. "Nivelle tenía encanto, con-

OBÚS alemán de 21 cm montado en una posición francesa conquistada. Verdún, primavera, 1916.

VERDÚN EN EL CINE

Franceses y alemanes produjeron películas maniqueas de la batalla, pero los primeros también elevaron sus críticas.

SACAR LOS COLORES

Agotado, el soldado se duerme de pie, apoyado sobre su fusil, frente a una explanada sembrada de cruces. Cuando abre los ojos, descubre con pavor que los cadáveres, incorruptos, han aflorado de la tierra. Pronto, uno de los cuerpos empieza a moverse. El resucitado invoca a sus compañeros: "¡Amigos míos, levantaos!". Y los muertos de Verdún vuelven a caminar por la tierra. Es la escena más célebre de *J'accuse* (1919, en la imagen superior), el alegato antibelicista que Abel Gance rueda en el otoño de 1918 con unos dos mil soldados llegados del frente de Verdún, prestados por unas autoridades que ignoran la fuerza de su crítica.

CAMINO DE OTRA GUERRA

Una década después llegan las primeras películas dedicadas íntegramente a la batalla: *Verdun, visiones de la historia* (1928), del francés Léon Poirier, y *Douaumont. El infierno de Verdún* (1931), del alemán Heinz Paul. En realidad, ambos son relatos de buenos y malos. Abel Gance rueda una versión sonora de su *J'accuse* en 1938, el mismo año en que Jean Renoir dirige *La gran ilusión*. Ambientado en un campo de concentración alemán, este clásico muestra cómo la recuperación de Douaumont se convirtió, sobre todo, en una cuestión de prestigio. Una crítica velada a la sinrazón de Verdún en vísperas de la Segunda Guerra Mundial.

fianza en sí mismo y capacidad de persuasión –cuenta David Stevenson–, así como importantes relaciones políticas con la izquierda". El 12 de diciembre se convierte en mariscal y reemplaza a Joffre al mando de los ejércitos franceses. Lograda la victoria, cada vez son más los que critican a "Papá Joffre" por desproteger Verdún. Briand, que teme perder su gobierno, nombra al anciano general mariscal de Francia, un título vacío. "Nivelle anhelaba la adulación", escribe Jankowski. La prensa le bautiza como el "vencedor de Verdún", pero su gloria no resiste su primera derrota, ya en la primavera de 1917. Cree que con los nuevos cañones móviles de 155 mm puede mantener una cortina de fuego móvil, que permita avanzar a la infantería sin sufrir grandes pérdidas y romper por fin el frente de trincheras. Briand y el *premier* británico Lloyd George le creen. Mientras los británicos lanzan un ataque de distracción en Arrás, los franceses intentan reconquistar "El camino de las damas". Pero la gran ofensiva de Nivelle es una derrota terrible. Aunque solo espera 10.000 bajas, pierde casi 190.000 hombres entre muertos y heridos. El desastre le cuesta el puesto y le arrebata el título de vencedor de Verdún. Pétain le sustituye al frente del ejército francés y ocupa también su lugar en la historia de la batalla.

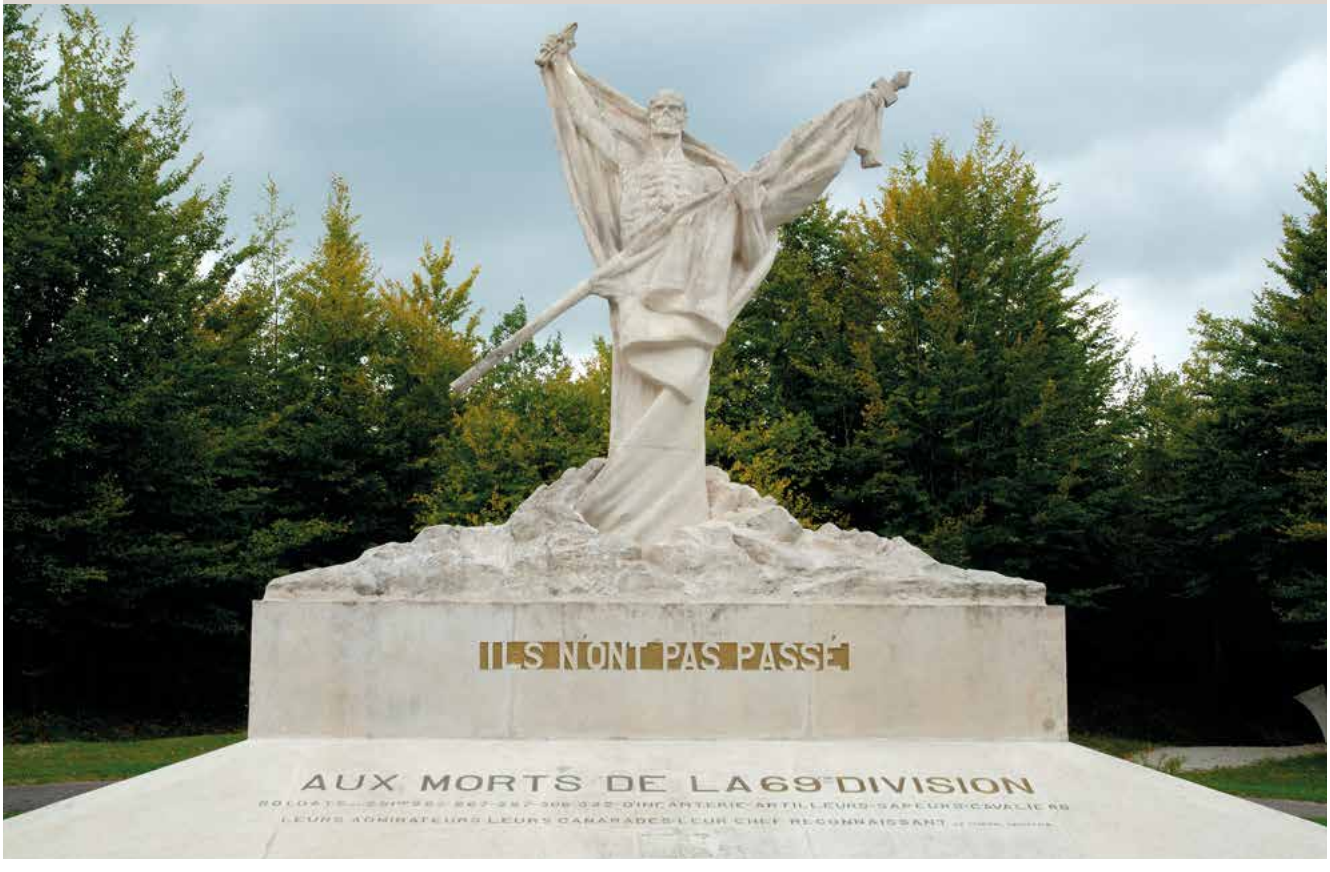
En la memoria

Todo estaba programado, el saludo a los veteranos, la firma en el libro de honor,

LAS HUELLAS DE LA BATALLA

LAS GOLONDRINAS aún se posan sobre alambres de espino oxidados. No son la única huella de la batalla. Ni siquiera los árboles pueden ocultar las ondulaciones creadas por los cráteres de las explosiones. Verdún se convirtió en un destino turístico de inmediato. Michelin publicó una guía de viaje en 1919, cuando los monumentos que conmemoran la batalla no se habían construido. El más importante es el Osario de Douaumont. Inaugurado en 1932, guarda los restos de 130.000 soldados franceses y alemanes muertos durante la batalla. Calaveras y huesos son visibles a través de ventanas dispuestas a lo largo del osario. En el exterior, un cementerio acoge las tumbas de 15.000 soldados franceses que sí fueron identificados.

DESDE EL AIRE es difícil distinguir los fuertes de Douaumont y Vaux. Sus muros parecen fundidos con la tierra, pero, como durante el combate, la humedad aún cala sus galerías restauradas. En Le Mort Homme, otro de los escenarios más crueles de la batalla, un "Terminator" de piedra (abajo) se levanta sobre una versión de la frase mítica: "No pasaron". Inolvidable.



el homenaje a los muertos franceses y alemanes ante un ataúd cubierto por las banderas de ambos países... Todo, menos ese gesto. Cuando la banda militar termina de interpretar el himno alemán, François Mitterrand extiende su mano izquierda y coge la mano derecha de Helmut Kohl. El canciller alemán mira sorprendido al presidente francés, pero Mitterrand mantiene la mirada al frente y asiente. Suenan los primeros acordes de *La Marsellesa*, y el realizador de televisión nos muestra las manos entrelazadas de ambos líderes europeos. Años después, Mitterrand dirá que tendió la mano "instintivamente". En el helicóptero que les ha llevado a Verdún, Kohl, el gran promotor del encuentro, confiesa a Mitterrand que su padre combatió en la colina de Le Mort Homme. Con su gesto ante el Osario de Douaumont, el 22 de septiembre de 1984, Mitterrand convierte Verdún en un emblema de la unidad europea. Es la última gran lectura política de la batalla más larga de la Primera Guerra Mundial, utilizada durante mucho tiempo para simbolizar la unidad de los franceses.

Para recordar Verdún se necesita un escenario digno de la magnitud de la batalla. Es lo que piensa monseñor Charles Ginisty, obispo de la ciudad durante la Gran Guerra, que propone construir una necrópolis en noviembre de 1918. Pétain coloca la primera piedra del Osario de Douaumont el 20 de agosto de 1920, aunque no se inaugura hasta el 7 de abril de 1932. Para entonces, todos los niños franceses aprenden que Verdún ha sido la batalla más terrible. Periodistas e historiadores perpetúan la leyenda, aunque las cifras demuestren que el índice de bajas

medio rondó el 16%, muy lejos de las pérdidas de los primeros meses de la conflagración. "En Verdún –detalla Jankowski–, aproximadamente 375.000 hombres de cada bando murieron o resultaron heridos o desaparecieron durante los diez meses de la batalla". Pero el mito de un millón de muertos durará décadas, mientras los políticos de izquierdas y derechas usan la batalla para representar la unidad de los franceses. Lo hace Albert Lebrun, el último presidente de la Tercera República, en 1938, tras los desastrosos acuerdos de Múnich con Hitler. Lo hace el presidente René Coty, el último presidente de la Cuarta República, en 1956, mientras Argelia lucha por independizarse de Francia. Y lo hará aún en 1996 Jacques Chirac. En el 50 aniversario de la batalla, mientras el general De Gaulle, capitán en Verdún, preside la Quinta República, Alexandre Sanguinetti, ministro de Veteranos, sintetiza en una frase por qué los franceses recordarán siempre la gran batalla: "Luchamos solos y ganamos solos".

DURANTE DÉCADAS, LA IZQUIERDA Y LA DERECHA USARÁN LA BATALLA PARA REPRESENTAR LA UNIDAD DE FRANCIA

MITTERRAND (izqda.) y Kohl en la ceremonia de homenaje a los muertos en Verdún, 1984.

¿Y los perdedores, qué lectura hicieron de Verdún? En 1919, Falkenhayn publica un artículo en el que cuestiona la derrota alemana. Sin reparos, afirma que los franceses sufrieron el triple de bajas que los alemanes y se cita a sí mismo para revelar el objetivo de su ofensiva: "Desangrar hasta la muerte las tropas francesas... tanto si alcanzamos nuestro objetivo como si no". Falkenhayn atribuye la cita a un memorando que envió al káiser en la Navidad de 1915. El documento nunca apareció, pero hasta no hace demasiado se citaba en las sucesivas historias de la batalla. Hoy, el consenso entre los historiadores es que fue una falsificación con la que el general en jefe alemán quiso justificar su derrota. Pero negar su existencia significó durante años cuestionar la importancia de Verdún. ¿Fue realmente una batalla decisiva?

En la penúltima revisión de Verdún –reseñada en la sección de libros del número 576 de esta revista–, el historiador estadounidense Paul Jankowski cuestiona que modificase el curso de la Gran Guerra. Tras diez meses de combates, franceses y alemanes ocupaban prácticamente las mismas posiciones que al inicio de la batalla. Sí, cambiaron las cúpulas militares de ambos bandos, pero las nuevas tácticas con las que Nivelle esperaba romper por fin el frente no funcionaron, y la Gran Guerra duró otros dos largos años. Desmitificar Verdún no supone negar la importancia de la batalla para Francia. El sufrimiento de los *poilus* quedó grabado en el imaginario colectivo de varias generaciones. En las distintas crisis que Francia vivió en el siglo XX, Verdún se usó como una imagen de la unidad perdida. Pero, cien años después, la batalla más larga de la Gran Guerra, la última gran victoria del ejército francés, aparece como una victoria de prestigio, un símbolo incuestionable del sinsentido de la guerra. ■

PARA SABER MÁS

MEMORIAS

BARTHAS, **Louis.** ***Cuadernos de guerra.*** Madrid: Páginas de Espuma, 2014.

ENSAYOS

BLOND, **Georges.** ***La batalla de Verdún.*** Barcelona: Inédita, 2008.

GILBERT, **Martin.** ***La Primera Guerra Mundial.*** Madrid: La Esfera de los Libros, 2004.

REVISTAS

VV. AA. ***Verdún, 1916.*** Madrid: Desperta Ferro Contemporánea n.º 13, enero de 2016.

INTERNET

Página oficial del centenario. En francés y alemán.
http://verdun2016.centenaire.org